



PARROQUIA
NUESTRA SEÑORA
DE LA GRANADA

El tiempo de una presencia: Semana Santa, nos amó hasta el fin

La Semana Santa es el centro del año litúrgico: revivimos en estos días los momentos decisivos de nuestra redención. La Iglesia nos lleva de la mano, con su sabiduría y su creatividad, del Domingo de Ramos a la Cruz y a la Resurrección.

En el corazón del año litúrgico late el Misterio pascual, el Triduo del Señor crucificado, muerto y resucitado. Toda la historia de la salvación gira en torno a estos días santos, que pasaron desapercibidos para la mayor parte de los hombres, y que ahora la Iglesia celebra «desde donde sale el sol hasta el ocaso». Todo el año litúrgico, compendio de la historia de Dios con los hombres, surge de la *memoria* que la Iglesia conserva de la *hora* de Jesús: cuando, «habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin».

La Iglesia despliega en estos días su sabiduría maternal para meternos en los momentos decisivos de nuestra redención: a poco que no ofrezcamos resistencia, nos vemos arrastrados por el recogimiento con que la liturgia de la Semana Santa nos introduce en la Pasión; la unción con la que nos mueve a velar junto al Señor; el estallido de gozo que mana de la Vigilia de la Resurrección. Muchos de los ritos que vivimos estos días echan sus raíces en muy antiguas tradiciones; su fuerza está aquilatada por la piedad de los cristianos y por la fe de los santos de dos milenios.

El Domingo de Ramos

El Domingo de Ramos es como el pórtico que precede y dispone al Triduo pascual: «este umbral de la Semana Santa, tan próximo ya el momento en el que se consumó sobre el Calvario la Redención de la humanidad entera, me parece un tiempo particularmente apropiado para

P
A
L
A
B
R
A

V
I
V
A

que tú y yo consideremos por qué caminos nos ha salvado Jesús Señor Nuestro; para que contemplemos ese amor suyo —verdaderamente inefable— a unas pobres criaturas, formadas con barro de la tierra».

Cuando los primeros fieles escuchaban la proclamación litúrgica de los relatos evangélicos de la Pasión y la homilía que pronunciaba el obispo, se sabían en una situación bien distinta de la de quien asiste a una mera representación: «para sus corazones piadosos, no había diferencia entre escuchar lo que se había proclamado y ver lo que había sucedido». En los relatos de la Pasión, la entrada de Jesús en Jerusalén es como la presentación oficial que el Señor hace de sí mismo como el Mesías deseado y esperado, fuera del cual no hay salvación. Su gesto es el del Rey salvador que viene a su casa. De entre los suyos, unos no lo recibieron, pero otros sí, aclamándolo como el *Bendito* que viene en nombre del Señor.

El Señor, siempre presente y operante en la Iglesia, actualiza en la liturgia, año tras año, esta solemne entrada en el «Domingo de Ramos en la Pasión del Señor», como lo llama el Misal. Su mismo nombre insinúa una duplicidad de elementos: triunfales unos, dolorosos otros. «En este día — se lee en la rúbrica— la Iglesia recuerda la entrada de Cristo, el Señor, en Jerusalén para consumir su Misterio pascual». Su llegada está rodeada de aclamaciones y vítores de júbilo, aunque las muchedumbres no saben entonces hacia dónde se dirige realmente Jesús, y se toparán con el escándalo de la Cruz. Nosotros, sin embargo, en el tiempo de la Iglesia, sí que sabemos cuál es la dirección de los pasos del Señor: Él entra en Jerusalén «para consumir su misterio pascual». Por eso, para el cristiano que aclama a Jesús como Mesías en la procesión del domingo de Ramos, no es una sorpresa encontrarse, sin solución de continuidad, con la vertiente dolorosa de los padecimientos del Señor.

Es ilustrativo el modo en que la liturgia nos traduce este juego de tinieblas y de luz en el designio divino: el Domingo de Ramos no reúne dos celebraciones cerradas, yuxtapuestas. El rito de entrada de la Misa no es otro que la procesión misma, y esta desemboca directamente en la colecta de la Misa. «Dios todopoderoso y eterno, tú quisiste —nos dirigimos al Padre— que nuestro Salvador se hiciese hombre y muriese en la cruz»: aquí todo habla ya de lo que va a suceder en los días siguientes.

R
A
L
E
A
B
R
A

Y
I
A

El Jueves Santo

El Triduo pascual comienza con la Misa vespertina de la Cena del Señor. El Jueves Santo se encuentra entre la Cuaresma que termina y el Triduo que comienza. El hilo conductor de toda la celebración de este día, la luz que lo envuelve todo, es el Misterio pascual de Cristo, el corazón mismo del acontecimiento que se actualiza en los signos sacramentales.

La acción sagrada se centra en aquella Cena en que Jesús, antes de entregarse a la muerte, confió a la Iglesia el testamento de su amor, el Sacrificio de la Alianza eterna.

«Mientras instituía la Eucaristía, como memorial perenne de Él y de su Pascua, puso simbólicamente este acto supremo de la Revelación a la luz de la misericordia. En este mismo horizonte de la misericordia, Jesús vivió su pasión y muerte, consciente del gran misterio del amor de Dios que se habría de cumplir en la cruz». La liturgia nos introduce de un modo vivo y actual en ese misterio de la entrega de Jesús por nuestra salvación. «Por eso me ama el Padre, porque doy mi vida para tomarla de nuevo. Nadie me la quita, sino que yo la doy libremente». El *fiat* del Señor que da origen a nuestra salvación se hace presente en la celebración de la Iglesia; por eso la Colecta no vacila en incluirnos, en presente, en la Última Cena: «*Sacratissimam, Deus, frequentantibus Cenam...*», dice el latín, con su habitual capacidad de síntesis; «nos has convocado hoy para celebrar aquella misma memorable Cena».

Este es «el día santo en que nuestro Señor Jesucristo fue entregado por nosotros». Las palabras de Jesús, «me voy, y vuelvo a vosotros y os conviene que me vaya, porque si no me voy, el Paráclito no vendrá a vosotros» nos introducen en el misterioso vaivén entre ausencia y presencia del Señor que preside todo el Triduo pascual y, desde él, toda la vida de la Iglesia. Por eso, ni el Jueves Santo, ni los días que lo siguen, son sin más jornadas de tristeza o de luto: ver así el Triduo sacro equivaldría a retroceder a la situación de los discípulos, anterior a la Resurrección. «La alegría del Jueves Santo arranca de ahí: de comprender que el Creador se ha desbordado en cariño por sus criaturas». Para perpetuar en el mundo

P
A
L
A
B
R
R
A

este cariño infinito que se concentra en su Pascua, en su tránsito de este mundo al Padre, Jesús se nos entrega del todo, con su Cuerpo y su Sangre, en un nuevo memorial: el pan y el vino, que se convierten en «pan de vida» y «bebida de salvación». El Señor ordena que, en adelante, se haga lo mismo que acaba de hacer, en conmemoración suya, y nace así la Pascua de la Iglesia, la Eucaristía.

Hay dos momentos de la celebración que resultan muy elocuentes, si los vemos en su mutua relación: el lavatorio de los pies y la reserva del Santísimo Sacramento. El lavatorio de los pies a los Doce anuncia, pocas horas antes de la crucifixión, el amor más grande: «el de dar uno la vida por sus amigos». La liturgia revive este gesto, que desarmó a los apóstoles, en la proclamación del Evangelio y en la posibilidad de realizar la ablución de los pies de algunos fieles. Al concluir la Misa, la procesión para la reserva del Santísimo Sacramento y la adoración de los fieles revela la respuesta amorosa de la Iglesia a aquel inclinarse humilde del Señor sobre los pies de los Apóstoles. Ese tiempo de oración silenciosa, que se adentra en la noche, invita a recordar la oración sacerdotal de Jesús en el Cenáculo

El Viernes Santo

V
I
V
A

La liturgia del Viernes Santo comienza con la prostración de los sacerdotes, en lugar del acostumbrado beso inicial. Es un gesto de especial veneración al altar, que se halla desnudo, exento de todo, evocando al Crucificado en la hora de la Pasión. Rompe el silencio una tierna oración en que el celebrante apela a las misericordias de Dios y pide al Padre la protección eterna que el Hijo nos ha ganado con su sangre, es decir, dando su vida por nosotros.

Una antigua tradición reserva para este día la proclamación de la Pasión según san Juan como momento culminante de la liturgia de la Palabra. En este relato evangélico se alza la impresionante majestad de Cristo que «se entrega a la muerte con la plena libertad del Amor». El Señor responde con valentía a los que vienen a prenderle: «cuando les dijo “Yo soy”, se echaron hacia atrás y cayeron en tierra». Más adelante le

oímos responder a Pilato: «mi reino no es de este mundo», y por eso su guardia no lucha para liberarle. «*Consummatum est*»: el Señor apura hasta el final la fidelidad a su Padre, y así vence al mundo.

Tras la proclamación de la Pasión y la oración universal, la liturgia dirige su atención hacia el *Lignum Crucis*, el árbol de la Cruz: el glorioso instrumento de la redención humana. La adoración de la santa Cruz es un gesto de fe y una proclamación de la victoria de Jesús sobre el demonio, el pecado y la muerte. Con Él, vencemos nosotros los cristianos, porque «esta es la victoria que ha vencido al mundo: nuestra fe».

La Iglesia envuelve a la Cruz de honor y reverencia: el obispo se acerca a besarla sin casulla y sin anillo; tras él, sigue la adoración de los fieles, mientras los cantos celebran su carácter victorioso: «adoramos tu Cruz, Señor, y alabamos y glorificamos tu santa Resurrección. Por el madero ha venido la alegría al mundo» Es una misteriosa conjunción de muerte y de vida en la que Dios quiere que nos sumerjamos: «unas veces renovamos el gozoso impulso que llevó al Señor a Jerusalén. Otras, el dolor de la agonía que concluyó en el Calvario... O la gloria de su triunfo sobre la muerte y el pecado. Pero, ¡siempre!, el amor —gozoso, doloroso, glorioso— del Corazón de Jesucristo».

El Sábado Santo y la Vigilia pascual

Un texto anónimo de la antigüedad cristiana recoge, como condensado, el misterio que la Iglesia conmemora el Sábado Santo: el descenso de Cristo a los infiernos. «¿Qué es lo que hoy sucede? Un gran silencio envuelve la tierra; un gran silencio y una gran soledad. Un gran silencio, porque el Rey duerme. La tierra está temerosa y sobrecogida, porque Dios se ha dormido en la carne y ha despertado a los que dormían desde antiguo». Como vemos descansar a Dios en el Génesis al final de su obra creadora, el Señor descansa ahora de su fatiga redentora Y es que la Pascua, que está por despuntar definitivamente en el mundo, es «la fiesta de la nueva creación»: al Señor le ha costado la vida devolvernos a la Vida.

«Dentro de un poco ya no me veréis, y dentro de otro poco me volveréis a ver»: así decía el Señor a los Apóstoles en la víspera de su

Pasión. Mientras esperamos su regreso, meditamos en su descenso a las tinieblas de la muerte, en las que estaban todavía sumergidos aquellos justos de la antigua Alianza Cristo, portando en su mano el signo liberador de la Cruz, pone fin a su sueño y los introduce en la luz del nuevo Reino: «Despierta, tú que duermes, pues no te creé para que permanezcas cautivo en el abismo». Desde las abadías carolingias del siglo VIII, se propagará por Europa la conmemoración de este gran Sábado: el día de la espera de la Resurrección, intensamente vivida por la Madre de Jesús, de donde proviene la devoción de la Iglesia a santa María los sábados; ahora, más que nunca, Ella es la *stella matutina*, la estrella de la mañana que anuncia la llegada del Señor: el *Lucifer matutinus*, el sol que viene de lo alto, *oriens ex alto*.

En la noche de este gran Sábado, la Iglesia se reúne en la más solemne de sus vigiliias para celebrar la Resurrección del Esposo, incluso hasta las primeras horas del alba. Esta celebración es el núcleo fundamental de la liturgia cristiana a lo largo de todo el año. Una gran variedad de elementos simbólicos expresan el paso de las tinieblas a la luz, de la muerte a la vida nueva en la Resurrección del Señor: el fuego, el cirio, el agua, el incienso, la música y las campanas...

La luz del cirio es signo de Cristo, luz del mundo, que irradia y lo inunda todo; el fuego es el Espíritu Santo, encendido por Cristo en los corazones de los fieles; el agua significa el paso hacia la vida nueva en Cristo, fuente de vida; el *alleluia* pascual es el himno de los peregrinos en camino hacia la Jerusalén del cielo; el pan y del vino de la Eucaristía son prenda del banquete escatológico con el Resucitado.

Mientras participamos en la Vigilia pascual, reconocemos con la mirada de la fe que la asamblea santa es la comunidad del Resucitado; que el tiempo es un tiempo nuevo, abierto al *hoy* definitivo de Cristo glorioso: «*haec est dies, quam fecit Dominus*», este es el día nuevo que ha inaugurado el Señor, el día «que no conoce ocaso».

RAELABRRA
YIYA

P
A
L
E
A
B
B
R
A

V
I
V
A



SAGRADAS ESCRITURAS

CONMEMORACIÓN DE LA ENTRADA DEL SEÑOR EN JERUSALÉN

SANTO EVANGELIO Mt 21, 1-11 **Bendito el que viene en nombre del Señor.**

Evangelio que hace de pórtico a los días santos que vamos a vivir. La alegría de la entrada del Mesías en Jerusalén se convertirá días después en odio al Hijo del hombre, al Hijo de Dios.

Lectura del santo Evangelio según san Mateo.

CUANTO se acercaban a Jerusalén y llegaron a Betfagé, en el monte de Los Olivos, envió a dos discípulos diciéndoles: «Id a la aldea de enfrente, encontraréis enseguida una borrica atada con su pollino, los desatáis y me los traéis. Si alguien os dice algo, contestadle que el Señor los necesita y los devolverá pronto». Esto ocurrió para que se cumpliese lo dicho por medio del profeta: «Decid a la hija de Sion: “Mira a tu rey, que viene a ti, humilde, montado en una borrica, en un pollino, hijo de acémila”». Fueron los discípulos e hicieron lo que les había mandado Jesús: trajeron la borrica y el pollino, echaron encima sus mantos, y Jesús se montó. La multitud alfombró el camino con sus mantos; algunos cortaban ramas de árboles y alfombraban la calzada. Y la gente que iba delante y detrás gritaba: «¡“Hosanna” al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor! ¡“Hosanna” en las alturas!»». Al entrar en Jerusalén, toda la ciudad se sobresaltó preguntando: «¿Quién es este?». La multitud contestaba: «Es el profeta Jesús, de Nazaret de Galilea»

Palabra del Señor



MISA

PRIMERA LECTURA Is 50, 4-7 **No escondí el rostro ante ultrajes, sabiendo que no quedaría defraudado**

En las palabras del profeta, entreoímos las palabras del propio JESÚS: la confianza en su Padre le dio la fuerza necesaria para afrontar la extrema prueba.

Lectura del libro de Isaías.

EL Señor Dios me ha dado una lengua de discípulo; para saber decir al abatido una palabra de aliento. Cada mañana me espabila el oído, para que escuche como los discípulos. El Señor Dios me abrió el oído; yo no resistí ni me eché atrás. Ofrecí la espalda a los que me golpeaban, las mejillas a los que mesaban mi barba; no escondí el rostro ante ultrajes y salivazos. El Señor Dios me ayuda, por eso no sentía los ultrajes; por eso endurecí el rostro como pedernal, sabiendo que no quedaría defraudado.

Palabra de Dios.

SALMO Sal 21, 8-9. 17-18a. 19-20. 23-24 **R/. Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?**

Con este Salmo, como bien sabemos, oró Nuestro señor en la Cruz. ¿Cuántas veces, preparando su hora, la hora de su entrega, para la había venido y sido enviado,

oraría con este Salmo? ¡Cómo le confortaría! ¡Cómo le ayudaría hasta a alegrarse, porque la desazón que sufría, iba a suponer un “incalculable tesoro de gloria” para Sí y para la entera humanidad pasada, presente y futura (entre la que nos contábamos nosotros)!

- Al verme, se burlan de mí, hacen visajes, menean la cabeza: «Acudió al Señor, que lo ponga a salvo; que lo libre si tanto lo quiere». R/.
- Me acorrala una jauría de mastines, me cerca una banda de malhechores; me taladran las manos y los pies, puedo contar mis huesos. R/.
- Se reparten mi ropa, echan a suerte mi túnica. Pero tú, Señor, no te quedes lejos; fuerza mía, ven corriendo a ayudarme. R/.
- Contaré tu fama a mis hermanos, en medio de la asamblea te alabaré. «Los que teméis al Señor, alabadlo; linaje de Jacob, glorificadlo; temedlo, linaje de Israel». R/.

SEGUNDA LECTURA Flp 2,6-11 *Se humilló a sí mismo; por eso Dios lo exaltó, sobre todo*

San Pablo, que sólo se gloriaba en Cristo crucificado, y que vivió una vida de crucificado por Él, describe el sentido teológico, profundo, de la humillación del Señor: humillación salvadora, glorificadora.

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Filipenses.

CRISTO Jesús, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios; al contrario, se despojó de sí mismo tomando la condición de esclavo, hecho semejante a los hombres. Y así, reconocido como hombre por su presencia, se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz. Por eso Dios lo exaltó sobre todo y le concedió el Nombre-sobre-todo-nombre; de modo que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en el cielo, en la tierra, en el abismo, y toda lengua proclame: Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre. *Palabra de Dios.*

VERSÍCULO antes del Evangelio *Cf. Flp 2,8-9*

Cristo se ha hecho por nosotros obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz. Por eso Dios lo exaltó sobre todo y le concedió el Nombre-sobre-todo-nombre.

SANTO EVANGELIO Mt 26, 14— 27,66 *Pasión de nuestro Señor JESUCRISTO*

La pasión de Jesús es la pasión del Hijo del hombre, del Señor de la gloria, del Juez universal destinado a dar cumplimiento a la historia de la humanidad. La Pasión del Señor nos pone en silencio. Un silencio más profundo que las múltiples voces que nos rodean y que habitualmente nos invaden. De lo hondo del corazón brota una pregunta que no podemos evitar: ¿por qué?

¿Qué estáis dispuestos a darme si os lo entrego?

CRONISTA: EN aquel tiempo, uno de los Doce, llamado Judas Iscariote, fue a los sumos sacerdotes y les propuso: «¿Qué estáis dispuestos a darme si os lo entrego?». Ellos se ajustaron con él en treinta monedas de plata. Y desde entonces andaba buscando ocasión propicia para entregarlo.

¿Dónde quieres que te preparemos la cena de Pascua?

CRONISTA: El primer día de los Ácimos se acercaron los discípulos a Jesús y le preguntaron:

SANEDRIN: ¿Dónde quieres que te preparemos la cena de Pascua?».

CRONISTA: Él contestó:

JESUCRISTO: «Id a la ciudad, a casa de quien vosotros sabéis, y decidle: “El Maestro dice: mi hora está cerca; voy a celebrar la Pascua en tu casa con mis discípulos”».

CRONISTA: Los discípulos cumplieron las instrucciones de Jesús y prepararon la Pascua.

Uno de vosotros me va a entregar

CRONISTA: Al atardecer se puso a la mesa con los Doce. Mientras comían dijo:

JESUCRISTO: «En verdad os digo que uno de vosotros me va a entregar».

CRONISTA: Ellos muy entristecidos, se pusieron a preguntarle uno tras otro ¶

SANEDRIN: «¿Soy yo acaso, Señor?».

CRONISTA: Él respondió:

JESUCRISTO: «El que ha metido conmigo la mano en la fuente, ese me va a entregar. El Hijo del hombre se va como está escrito de él; pero, ¡ay de aquel por quien el Hijo del hombre es entregado!, ¡más le valdría a ese hombre no haber nacido!».

CRONISTA: Entonces preguntó Judas, el que lo iba a entregar:

SANEDRIN: «¿Soy yo acaso, Maestro?».

CRONISTA: Él respondió:

JESUCRISTO: «Tú lo has dicho».

Esto es mi cuerpo. Esta es mi sangre

CRONISTA: Mientras comían, Jesús tomó pan y, después de pronunciar la bendición, lo partió, lo dio a los discípulos y les dijo:

JESUCRISTO: «Tomad, comed: esto es mi cuerpo».

CRONISTA: Después tomó el cáliz, pronunció la acción de gracias y dijo:

JESUCRISTO: «Bebed todos; porque esta es mi sangre de la alianza, que es derramada por muchos para el perdón de los pecados. Y os digo que desde ahora ya no beberé del fruto de la vid hasta el día que beba con vosotros el vino nuevo en el reino de mi Padre».

CRONISTA: Después de cantar el himno salieron para el monte de los Olivos.

Heriré al pastor, y se dispersarán las ovejas del rebaño

CRONISTA: Entonces Jesús les dijo:

JESUCRISTO: «Esta noche os vais a escandalizar todos por mi causa, porque está escrito: “Heriré al pastor, y se dispersarán las ovejas del rebaño”. Pero cuando resucite, iré delante de vosotros a Galilea».

CRONISTA: Pedro replicó:

SANEDRIN: «Aunque todos caigan por tu causa, yo jamás caeré».

CRONISTA: Jesús le dijo:

JESUCRISTO: «En verdad te digo que esta noche, antes de que el gallo cante, me negarás tres veces».

CRONISTA: Pedro le replicó:

SANEDRIN: «Aunque tenga que morir contigo, no te negaré».

CRONISTA: Y lo mismo decían los demás discípulos.

Empezó a sentir tristeza y angustia

CRONISTA: Entonces Jesús fue con ellos a un huerto, llamado Getsemaní, y dijo a los discípulos:

JESUCRISTO: «Sentaos aquí, mientras voy allá a orar».

CRONISTA: Y llevándose a Pedro y a los dos hijos de Zebedeo, empezó a sentir tristeza y angustia. Entonces les dijo:

JESUCRISTO: «Mi alma está triste hasta la muerte; quedaos aquí y velad conmigo».

CRONISTA: Y adelantándose un poco cayó rostro en tierra y oraba diciendo:

JESUCRISTO: «Padre mío, si es posible, que pase de mí este cáliz. Pero no se haga como yo quiero, sino cómo quieres tú».



CRONISTA: Y volvió a los discípulos y los encontró dormidos Dijo a Pedro:

JESUCRISTO: «¿No habéis podido velar una hora conmigo? Velad y orad para no caer en la tentación, pues el espíritu está pronto, pero la carne es débil».

CRONISTA: De nuevo se apartó por segunda vez y oraba diciendo:

JESUCRISTO: «Padre mío, si este cáliz no puede pasar sin que yo lo beba, hágase tu voluntad».

CRONISTA: Y viniendo otra vez, los encontró dormidos, porque sus ojos se cerraban de sueño. Dejándolos de nuevo, por tercera vez oraba repitiendo las mismas palabras. Volvió a los discípulos, los encontró dormidos y les dijo:

JESUCRISTO: «Ya podéis dormir y descansar. Mirad, está cerca la hora y el Hijo Del hombre va a ser entregado en manos de los pecadores. ¡Levantaos, vamos! Ya está cerca el que me entrega».

Se acercaron a Jesús y le echaron mano y lo prendieron

CRONISTA: Todavía estaba hablando, cuando apareció Judas, uno de los Doce, acompañado de un tropel de gente, con espadas y palos, enviado por los sumos sacerdotes y los ancianos del pueblo. El traidor les había dado esta contraseña:

SANEDRIN: «Al que yo bese, ese es: prendedlo».

CRONISTA: Después se acercó a Jesús y le dijo:

SANEDRIN: «¡Salve, Maestro!».

CRONISTA: Y lo besó. Pero Jesús le contestó:

JESUCRISTO: «Amigo, ¿a qué vienes?».

CRONISTA: Entonces se acercaron a Jesús y le echaron mano y lo prendieron. Uno de los que estaban con él agarró la espada, la desenvainó y de un tajo le cortó la oreja al criado del sumo sacerdote.

Jesús le dijo:

JESUCRISTO: «Envaina la espada; que todos los que empuñan espada, a espada morirán. ¿Piensas tú que no puedo acudir a mi Padre? Él me mandaría enseguida más de doce legiones de ángeles. ¿Cómo se cumplirían entonces las Escrituras que dicen que esto tiene que pasar?».

CRONISTA: Entonces dijo Jesús a la gente:

JESUCRISTO: «¿Habéis salido a prenderme con espadas y palos como si fuera un bandido? A diario me sentaba en el templo a enseñar y, sin embargo, no me prendisteis. Pero todo esto ha sucedido para que se cumplieran las Escrituras de los profetas».

CRONISTA: En aquel momento todos los discípulos lo abandonaron y huyeron.

Veréis al Hijo del hombre sentado a la derecha del Poder

CRONISTA: Los que prendieron a Jesús lo condujeron a casa de Caifás, el sumo sacerdote, donde se habían reunido los escribas y los ancianos. Pedro lo seguía de lejos hasta el palacio del sumo sacerdote y, entrando dentro, se sentó con los criados para ver cómo terminaba aquello. Los sumos sacerdotes y el Sanedrín en pleno buscaban un falso testimonio contra Jesús para condenarlo a muerte y no lo encontraban, a pesar de los muchos falsos testigos que comparecían. Finalmente, comparecieron dos que declararon:

SANEDRIN: «Este ha dicho: “Puedo destruir el templo de Dios y reconstruirlo en tres días”».

CRONISTA: El sumo sacerdote se puso en pie y le dijo:

SANEDRIN: ¿No tienes nada que responder? ¿Qué son estos cargos que presentan contra ti?».

CRONISTA: Pero Jesús callaba. Y el sumo sacerdote le dijo:

SANEDRIN: «Te conjuro por el Dios vivo a que nos digas si tú eres el Mesías, el Hijo de Dios».



CRONISTA: Jesús le respondió:

JESUCRISTO: «Tú lo has dicho. Más aún, yo os digo: desde ahora veréis al Hijo del hombre sentado a la derecha del Poder y que viene sobre las nubes del cielo».

CRONISTA: Entonces el sumo sacerdote rasgó sus vestiduras diciendo:

SANEDRIN: «Ha blasfemado. ¿Qué necesidad tenemos ya de testigos? Acabáis de oír la blasfemia. ¿Qué decidís?».

CRONISTA: Y ellos contestaron:

SANEDRIN: «Es reo de muerte».

CRONISTA: Entonces le escupieron a la cara y lo abofetearon; otros lo golpearon

Diciendo:

SANEDRIN: «Haz de profeta, Mesías; dinos quién te ha pegado».

Entregaron a Jesús a Pilato, el gobernador

CRONISTA: Al hacerse de día, todos los sumos sacerdotes y los ancianos del pueblo se reunieron para preparar la condena a muerte de Jesús. Y, atándolo, lo llevaron y lo entregaron a Pilato, el gobernador.

No es lícito echarlas en el arco de las ofrendas, porque son precio de sangre

CRONISTA: Entonces Judas, el traidor, viendo que lo habían condenado, se arrepintió y devolvió las treinta monedas de plata a los sumos sacerdotes y ancianos diciendo:

SANEDRIN: «He pecado entregando sangre inocente».

CRONISTA: Pero ellos dijeron:

SANEDRIN: «¿A nosotros qué? ¡Allá tú!».

CRONISTA: Él, arrojando las monedas de plata en el templo, se marchó; y fue y se ahorcó. Los sacerdotes, recogiendo las monedas de plata, dijeron:

SANEDRIN: «No es lícito echarlas en el arco de las ofrendas, porque son precio de sangre».

CRONISTA: Y, después de discutirlo, compraron con ellas el Campo del Alfarero para cementerio de forasteros. Por eso aquel campo se llama todavía «Campo de Sangre». Así se cumplió lo dicho por medio del profeta Jeremías: «Y tomaron las treinta monedas de plata, el precio de uno que fue tasado, según la Tasa de los hijos de Israel, y pagaron con ellas el Campo del Alfarero, como me lo había ordenado el Señor».



¿Eres tú el rey de los judíos

CRONISTA: Jesús fue llevado ante el gobernador, y el gobernador le preguntó:

SANEDRIN: «¿Eres tú el rey de los judíos?».

CRONISTA: Jesús respondió:

JESUCRISTO: «Tú lo dices».

CRONISTA: Y, mientras lo acusaban, los sumos sacerdotes y los ancianos no contestaba nada. Entonces Pilato le preguntó:

SANEDRIN: «¿No oyes cuántos cargos presentan contra ti?».

CRONISTA: Como no contestaba a ninguna pregunta, el gobernador estaba muy extrañado. Por la fiesta, el gobernador solía liberar un preso, el que la gente quisiera. Tenía entonces un preso famoso, llamado Barrabás. Cuando la gente acudió, dijo Pilato:

SANEDRIN: «¿A quién queréis que os suelte, a Barrabás o a Jesús, a quien llaman el Mesías?».

CRONISTA: Pues sabía que se lo habían entregado por envidia, Y, mientras estaba sentado en el tribunal, su mujer le mandó a decir:

SANEDRIN: «No te metas con ese justo porque esta noche he sufrido mucho

soñando con él».

CRONISTA: Pero los sumos sacerdotes y los ancianos convencieron a la gente para que pidieran la libertad de Barrabás y la muerte de Jesús. El gobernador preguntó: ¶

SANEDRIN: «¿A cuál de los dos queréis que os suelte?».

CRONISTA: Ellos dijeron:

SANEDRIN: «A Barrabás».

CRONISTA: Pilato les preguntó:

SANEDRIN: «¿Y qué hago con Jesús, llamado el Mesías?».

CRONISTA: Contestaron todos:

SANEDRIN: «Sea crucificado»

CRONISTA: Pilato insistió:

SANEDRIN: «Pues, ¿qué mal ha hecho?».

CRONISTA: Pero ellos gritaban más fuerte:

SANEDRIN: «¡Sea crucificado!».

CRONISTA: Al ver Pilato que todo era inútil y que, al contrario, se estaba formando un tumulto, tomó agua y se lavó las manos ante la gente, diciendo:

SANEDRIN: «¡Soy inocente de esta sangre! ¡Allá vosotros!».

CRONISTA: Todo el pueblo contestó:

SANEDRIN: «¡Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos!».

CRONISTA: Entonces le soltó a Barrabás; y a Jesús, después de azotarlo, lo entregó para que lo crucificaran.

¡Salve, rey de los judíos!

CRONISTA: Entonces los soldados del gobernador se llevaron a Jesús al pretorio y reunieron alrededor de él a toda la cohorte: lo desnudaron y le pusieron un manto de color púrpura y, trenzando una corona de espinas, se la ciñeron a la cabeza y le pusieron una caña en la mano derecha. Y, doblando ante él la rodilla, se burlaban de él diciendo:

SANEDRIN: «¡Salve, rey de los judíos!».

CRONISTA: Luego le escupían, le quitaban la caña y le golpeaban con ella la cabeza. Y, terminada la burla, le quitaron el manto, le pusieron su ropa y lo llevaron a crucificar.



Crucificaron con él a dos bandidos

CRONISTA: Al salir, encontraron a un hombre de Cirene, llamado Simón, y lo forzaron a llevar su cruz. Cuando llegaron al lugar llamado Gólgota (que quiere decir lugar de «la Calavera»), le dieron a beber vino mezclado con hiel; él lo probó, pero no quiso beberlo. Después de crucificarlo, se repartieron su ropa echándola a suertes y luego se sentaron a custodiarlo. Encima de la cabeza colocaron un letrero con la acusación: «Este es Jesús, el rey de los judíos».

Crucificaron con él a dos bandidos, uno a la derecha y otro a la izquierda.

Si eres hijo de Dios, baja de la cruz

CRONISTA: Los que pasaban, lo injuriaban, y, meneando la cabeza, decían:

SANEDRIN: «Tú que destruyes el templo y lo reconstruyes en tres días, sálvate a ti mismo; si eres Hijo de Dios, baja de la cruz».

CRONISTA: Igualmente los sumos sacerdotes con los escribas y los ancianos se burlaban también diciendo:

SANEDRIN: «A otros ha salvado y él no se puede salvar. ¡Es el Rey de Israel!, que baje ahora de la cruz y le creeremos. Confió en Dios, que lo libre si es que lo ama, pues dijo: «Soy Hijo de Dios»».

CRONISTA: De la misma manera los bandidos que estaban crucificados con él lo insultaban.

«¿Elí, Elí, lamá sabaqtani?»

CRONISTA: Desde la hora sexta hasta la hora nona vinieron tinieblas sobre toda la tierra. A la hora nona, Jesús gritó con voz potente:

JESUCRISTO: «Elí, Elí, lemá sabaqtaní?».

CRONISTA: Es decir:

JESUCRISTO: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?»).

CRONISTA: Al oírlo algunos de los que estaban allí dijeron:

SANEDRIN: «Está llamando a Elías».

CRONISTA: Enseguida uno de ellos fue corriendo, cogió una esponja empapada en vinagre y, sujetándola en una caña, le dio de beber.

Los demás decían:

SANEDRIN: «Dejadlo, a ver si viene Elías a salvarlo». **CRONISTA:** Jesús, gritando de nuevo con voz potente, exhaló el espíritu.

Todos se arrodillan, y se hace una pausa.

CRONISTA: Entonces el velo del templo se rasgó en dos de arriba abajo; la tierra tembló, las rocas se resquebrajaron, las tumbas se abrieron y muchos cuerpos de santos que habían muerto resucitaron y, saliendo de las tumbas después que él resucitó, entraron en la ciudad santa y se aparecieron a muchos. El centurión y sus hombres, que custodiaban a Jesús, al ver el terremoto y lo que pasaba, dijeron aterrORIZADOS:

SANEDRIN: «Verdaderamente este era Hijo de Dios».

Ahí tenéis la guardia: id vosotros y asegurad la vigilancia como sabéis

CRONISTA: A la mañana siguiente, pasado el día de la Preparación, acudieron en grupo los sumos sacerdotes y los fariseos a Pilato y le dijeron:

SANEDRIN: «Señor, nos hemos acordado de que aquel impostor estando en vida anunció: «A los tres días resucitaré». Por eso ordena que vigilen el sepulcro hasta el tercer día, no sea que vayan sus discípulos, se lleven el cuerpo y digan al pueblo: “Ha resucitado de entre los muertos”. La última impostura sería peor que la primera».

CRONISTA: Pilato contestó:

SANEDRIN: «Ahí tenéis la guardia: id vosotros y asegurad la vigilancia como sabéis»

CRONISTA: Ellos aseguraron el sepulcro, sellando la piedra y colocando la

Palabra del

Señor.



HACEMOS PARROQUIA

LUNES SANTO:

- Laudes... 9.40h.
- Limpieza de la parroquia... 10.30h
- Ensayo de cantos... 18h

MARTES SANTO:

- Laudes... 9.40h
- Misa Crismal en la Catedral... 12h

MIÉRCOLES SANTO:

- Laudes... 9.40h
- Ensayo de cantos... 18h

JUEVES SANTO:

- Laudes y recepción de los Santos Oleos... 10h
-

-TRIDUO PASCUAL ver cartel aparte.

-PODEMOS TRAER ROSAS Y FLORES BLANCAS Y UNA VELA BLANCA CON EL NOMBRE DE LA FAMILIA PARA EL MONUMENTO.

-NOS PODEMOS IR APUNTANDO A LOS TURNOS DE ADORACIÓN DE LA NOCHE DEL JUEVES AL -VIERNES SANTO

-FIESTA PARROQUIAL DE PASCUA... 16 de abril. Nos vamos apuntando para la COMIDA FRATERNA.

-PUENTE DE MAYO... Peregrinación a Ntra. Sra. de África (Ceuta)

SEMANA SANTA 2023

C
A
M
I
N
E
M
O
S
E
N
L
A
L
U
Z

DOMINGO DE RAMOS

- MISAS: 10.00, 12.00, 13.15 Y 19.00 H
- BENDICIÓN DE LOS RAMOS Y PROCESIÓN 11.45 H

JUEVES SANTO

- LAUDES Y RECEPCIÓN DE LOS SANTOS ÓLEOS: 10.00H
- MISA DE LA CENA DEL SEÑOR: 18.00H
- HORA SANTA: 22.00H
- VELA AL SANTÍSIMO DURANTE TODA LA NOCHE

SÁBADO SANTO

- LAUDES Y SOLEDAD DE MARÍA: 10.00H
- SOLEMNE VIGILIA PASCUAL: 23.00H

LUNES, MARTES Y MIÉRGOLÉS SANTO

- LAUDES: 09.40H

VIERNES SANTO

- LAUDES: 10.00H
- VIACRUCIS: 12.00H
- OFICIO DE LA PASIÓN DEL SEÑOR: 17.00H

DOMINGO DE RESURRECCIÓN

- MISAS: 11.30, 13.00, Y 19.00H

PARROQUIA NUESTRA SEÑORA DE LA GRANADA